Crepuscular (en verso)

Juan Pablo González

Capítulo 1

Del pueblo vecino,

—Beltrán era en su pueblo *el* albañil—,

llegaban los peones a la obra en bicicleta.

Beltrán siempre llegaba más temprano;

gustaba no ponerse a trabajar

sin antes agotar el panorama.

Un día sobre un nailon,

sentado y protegido del rocío,

la espalda paralela a la pared,

armaba un cigarrillo.

Beltrán lo disfrutaba con la noche.

Fumaba y observaba la distancia,

moviendo la cabeza como un faro,

un faro que ascendiera con su luz

un vasto rascacielos en el campo.

La mirada de Beltrán iba ascendiendo,

la Luna en el cenit ya lo esperaba.

«Ahora sí» pensó Beltrán, arqueando el cuello

(una Luna que brillara como pocas,

podía mejorarle el cigarrillo).

Con las últimas pitadas comenzaron los ronquidos.

Pensando quién dormía allí en la obra,

fumó hasta reducir a pucho el cigarrillo.

Rompió recién entonces esa cómoda postura.

El pucho en la bolsita y la bolsita en el bolsillo.

Se paró para acercarse a la ventana.

Un fósforo deshizo la negrura hasta el alcance de su brazo.

No pudo iluminar gran cosa.

Sí pudo adivinar cómo una forma

surgía desde el fondo del recinto.

Venía caminando en cuatro patas,

emitiendo esos ronquidos,

que ahora se tornaban en bramidos.

Tenía una cabeza de león,

de un terror que lo empujó hasta la gramilla.

Corrió con su mochila hasta el camino.

Pensó en seguir corriendo hasta su pueblo,

también pensó en los chicos.

Miró alternadamente

hacia la obra y la mochila,

sacando con torpeza su cuchillo.

Armado se mantuvo sin correr.

La cabeza de león salió del hueco,

buscando la presencia de Beltrán y

rugió con mucha fuerza al divisarlo.

Entonces el recinto comenzó a bramar.

Quizás otras tres voces escondidas

formaran ese estrépito terrible;

corrió sensatamente hacia los chicos.

En medio del guadal la bicicleta;

el alba reveló la de Facundo, el más pequeño.

Deseó que aquella mancha que nacía

del cuadro y se perdía entre las matas,

pintura u otra cosa por Dios fueran;

las moscas no mentían.

Corrió muy asustado. Se esforzaba en no pensar.

Sólo llegar.

Encontró las bicicletas de los otros,

y otras manchas en la línea del camino.

Siguió corriendo.

Los castaños a la vera del camino

indicaban que al pueblo ya ingresaba

cuando el Sol dilucidaba el horizonte.

Los gallos no cantaban, sólo los pájaros.

Pasó junto a las casas principales,

a punto de clamar gritando ayuda.

Fue viendo vidrios rotos,

las puertas arañadas.

Dobló en alguna esquina,

los gallos,

las gallinas,

los perros,

los caballos,

todos

los animales

del pueblo,

a lo largo y a lo ancho de la calle principal,

estaban desollados bajo intensasnubesnegras.

Exhausto, trémulo y con náusea,

logró llegar al centro.

Allí,

en el centro,

el pueblo,

y una masa amarillenta,

atroz,

voraz,

insaciable,

que engullía de la fétida montaña

que se alzaba,

grotescamente,

por encima de las casas y los árboles.

Blandiendo como nunca su cuchillo,

estaba decidido a la locura.

Pensar en su pueblo lo contuvo.

Temía lo peor, regresaría.

De las bestias que advirtieron su presencia,

ninguna se acercaba.

Gritando, sollozando,

insultaba y maldecía aquella infamia,

la infamia solamente lo ignoraba.

Corrió, desesperado.

Llegó, salvó corriendo la capilla

donde todo aparentaba estar en calma.

Pasó junto a un caballo por la curva

que ingresaba ya en su pueblo;

contuvo un grito, se detuvo.

El más horrible pánico,

que podía sufrir,

un hombre como Beltrán,

caminaba,

debía seguir hasta meterse,

caminando duramente,

en su pueblo.

Beltrán hizo unos metros,

y luego se dejó

caer.

No,

no podía soportarlo,

No, ya no aguantaba,

no, ya No aguantaba más,

no, ya No aguantaba más.

No, Inaguantable.

Insoportable ese holocausto por segunda vez.

Beltrán, el sol dándole de lleno,

lloraba sordamente,

el sol dándole de lleno,

lloraba estrepitosamente Beltrán,

el sol dándole de lleno,

lloraba desesperadamente Beltrán,

el sol dándole de lleno,

lloraba a carcajadas el hombre.

La mano,

transformada en un cuchillo,

se levantó del suelo,

y empezó determinadamente a caminar.